

## EL LLORÓN

Roque mira con preocupación cómo el sol empieza su descenso hacia occidente. Pronto será de noche, piensa mirando unas nubes insignificantes, recostadas en el horizonte enrojado.

El infeliz de Cosentino lo ha hecho esperar toda la tarde y sigue sin aparecer. Ya le decía su madre que no se fiara de él, pero qué iba a hacer, cuando la plata hace falta, hace falta, y no podía andar con remilgos ni esperar que el otro fuera a pagarle a su casa.

Al final anocheció nomás. El contratista llegó cuando Roque ya se estaba yendo.

El caballo intentó un relincho corto cuando, con toda aprensión, se disponía a montarlo, cosa que por otra parte, no estaba acostumbrado a hacer. Después de años viviendo en la ciudad no puede acostumbrarse a esta vida que lleva ahora.

El animal es manso y eso lo tranquiliza pero sólo un poco, la noche será oscura y las nubes inofensivas han formado una imponente tormenta que en cualquier momento se abalanzará sobre el mundo y él, aunque no quiera reconocerlo, siente el miedo atenazando su garganta. En semejante negrura, tener que aventurarse por ese monte espeso en el camino de regreso a casa.

La lluvia se descargó al fin y, luego de un buen rato, alumbrándose con la luz de los relámpagos y mojado hasta los huesos, reconoció persignándose, el lugar dónde se encontraba: la Barranca de los Esqueletos. Se había desviado un poco del sendero. En ese instante, algo que parecía un ave de grandes alas blancuzcas surgió del suelo junto a las patas de su corcel que se asustó e inició una enloquecida carrera en la oscuridad, frenando por fin al borde del barranco, y arrojando a su jinete al lecho arenoso de un arroyo seco que llevaba un hilillo de agua.

Aturdido y asustado de encontrarse a pie tras la fuga del caballo, el hombre salió de la quebrada por la orilla opuesta. Jamás debió hacerlo. Retomaba el camino cuando lo oyó. Era el llanto de un niño cerca, muy cerca, y luego, una voz de mujer consolándolo. Con el corazón desbocado y preguntándose qué hacían ahí con semejante noche, ignorando para su desgracia el significado de aquello, se acercó.

El llanto parecía alejarse, entonces él apuraba el paso; lo oía cerca y cuando estaba a punto de alcanzarlo, se alejaba otra vez. Empeinado, insistió en llegar hasta el niño que lloraba tan fuerte que estremecía y que parecía estar siempre detrás de un arbusto achaparrado y espinoso. Y así fue internándose más y más en los bañados, siempre detrás del plañido, sintiendo cómo las espinas enconosas desgarraban su ropa y arañaban su piel. A pesar del frío y la lluvia tenía sed y el cansancio no le dejaba oír el llanto cada vez más lejano.

Lo encontraron lejos, muy lejos de la hondonada donde cayera. El Llorón con su llanto mentiroso y resentido había encontrado otra víctima, otro incauto para extraviar en la espesura del monte.